

LEÓN ROZITCHNER

**O EL ARDUO EJERCICIO DE LA FILOSOFÍA
EN LA DILEMÁTICA ARGENTINA ACTUAL.**

Joaquín E. Meabe (Argentina)¹

La Argentina como la mayoría de los territorios en los que el pensamiento y la reflexión acerca de los problemas fundamentales es un ejercicio precario y relativamente marginal tiene escasez de filósofos.

Hay, por cierto, muchas personas que se ocupan de la filosofía, abundan los profesores y hoy empiezan, incluso, a aparecer los eruditos que despliegan sus atributos a través de los más diversos soportes de difusión - libros, periódicos, revistas, sitios Web y tantos otros medios disponibles -, además del ingente batallón de improvisados que siempre colma el escenario donde se exhiben esas ofertas.

Nada de todo eso tiene en verdad una genuina y efectiva relación con la filosofía y, en aquellos ámbitos, sociedades o territorios (la difícil identificación topográfica es otro rasgo de nuestra precariedad postmoderna) tributarios de una marcada tradición y donde se ha establecido su ejercicio con decidida solidez, las cosas son muy claras.

Hoy, cuando ya ha quedado firmemente consolidado el Estado Homogéneo Universal, en aquellos ámbitos no se presentan demasiadas dudas en orden al deslinde que separa lo trivial y desechable frente a lo importante y crucial para el conjunto de esas sociedades.

¹ Doctor en Derecho. Profesor de Introducción al Derecho y Filosofía del Derecho. Director fundador del Instituto de Teoría General del Derecho, Facultad de Derecho, Universidad Nacional del Nordeste, Corrientes, Argentina. Entre sus libros publicados destacan: *Derecho y filosofía social en Rousseau*, UNNE, 1991; *Ética y derecho en Aristóteles*, Corrientes, ITGD, 1993; *El Derecho y la Justicia del más fuerte*, Corrientes, ITGD, 1994; *La norma y la práctica. Una introducción crítica al conocimiento jurídico*, Asunción, Bijupa, 1999; *Introducción a Paideia de Werner Jaeger*, Corrientes, ITGD, 2000; *Justicia, Derecho y Fuerza*, en coautoría con el Dr. Salvador Rus Rufino. Madrid, Tecnos, 2001.

Seguramente, en aquellas sociedades, ámbitos o territorios algunos autores o trabajos son menos conocidos que otros y la obra importante que, por su tensión esencia o su originalidad, se aparta de los paradigmas dominantes queda, de ordinario, como una cuenta pendiente para las generaciones siguientes. Y, por lo general, el inmediato relevo generacional acostumbra en esos lugares a hacerse cargo de las deudas intelectuales del pasado con relativa celeridad. Por cierto que, para tamaño reajuste de perspectiva, hace falta que la inteligencia vaya de la mano de una fuerte tradición intelectual en la que el conglomerado, en su conjunto, participe tanto del intercambio de ideas como del respeto y de la conciencia de la necesidad de tomar como propio el trabajo reflexivo y las tematizaciones que ese mismo trabajo despliega en la obra sus pensadores y sus estudiosos.

No hace falta individualizar aquellos territorios, ámbitos o sociedades donde la cultura ha alcanzado esa cota descripta más arriba.

Todos los que, en esos lugares, participan de las inquietudes, involucradas en estos asuntos, y que mantienen una genuina preocupación por los problemas fundamentales de su propia entorno tienen eso muy en claro y saben, además, que a ellos, antes que a cualquier otro segmento de su entorno, se les aplica el adagio latino *de te fabula narratur* que el más implacable crítico social del siglo XIX puso en el prefacio de su obra capital.

A pesar de la precariedad y la falta de una genuina tradición nuestro entorno - o nuestra sociedad, nuestra cultura, nuestro medio o nuestro país, para utilizar términos quizá más familiares aunque no menos equívocos - ofrece algunas obras muy importantes y encontramos algunos pensadores y estudiosos cuyos trabajos son una genuina muestra de ciencia y de filosofía en el más estricto sentido de esos términos.

No me refiero, desde ya, a lo que no excede la palabrería acumulada al amparo de citas y referencias bibliográficas y que, de ordinario, multiplica páginas de aburrida pedantería en torno a temas, sucesos o figuras que, por otra parte, ofrecen en sus obras disponibles a nuestro alcance lo que aquellos repiten en ostensible perjuicio de la economía intelectual.

Por cierto, no creo que valga la pena remarcar este último rasgo de precariedad. Por el contrario, lo que hace falta y lo que aquí me interesa destacar se relaciona con la personalidad y la obra del que considero el principal filósofo con el que hoy contamos en Argentina: León Rozitchner.

Llamar la atención acerca de una obra o de un pensador importante y generar en torno suyo un conjunto de trabajos que ponen de manifiesto esa relevancia es característico de una genuina tradición filosófica y esto se ve muy bien en la cultura intelectual europea a lo largo de su historia. No voy a insistir con demasiados ejemplos de manera que solo voy mencionar dos casos muy conocidos: Heidegger y Wittgenstein. La multitud de trabajos sobre *Sein und Zeit* o el *Tractatus* ha sido tan abundante como intensa y continua en los últimos setenta años más allá de todo lo que haga a su particular valoración o crítica.

Y esto es justamente lo que aquí falta. Para ir derecho al asunto cabe decir que León Rozitchner, que ha dado a la cultura filosófica local una obra de extraordinaria

envergadura intelectual y que ha escrito ese tratado estupendo e inclasificable titulado *La Cosa y la Cruz* por primera vez en marzo de 1997 y luego reeditado en agosto de 2001 y, por último, en diciembre de 2007.

Antes de entrar a considerar *La Cosa y la Cruz* se impone una necesaria referencia a su autor y su obra.

León Rozitchner nació en 1924 y realizó un largo itinerario desde su Chivilcoy natal hasta París donde se doctoró en 1960 con una tesis sobre *La significación ética de la afectividad en la filosofía de Max Scheler* con un Jurado integrado por Jean Wahl, Lucien Goldmann y Maurice de Gandillac. Hoy viven y enseña en Buenos Aires donde dictar cursos en la UBA. Antes ha sido investigador en el Conicet y en varias oportunidades ha estado fuera del país, primero en Francia y luego en Venezuela antes de regresar a la Argentina.

De sus obras cabe citar en especial *Freud y los límites del individualismo burgués* (1972), *Las Malvinas: de la guerra sucia a la guerra limpia* (1985), *Perón, entre la sangre y el tiempo* (1985), *La cosa y al cruz* (1997 [2001 y 2007]) y *El terror y la gracia* (2003). Tiene, también por cierto, publicados números artículos y otros trabajos en revistas especializadas, en libros y en los más diversos medios de difusión y debate.

Si bien ha recibido un importante reconocimiento por su labor, cuando se le otorgó el premio Konex en el año 2004, bien puede decirse que ha sido completamente desatendido por todos aquellos que hacen manifestación ostensible de pertenencia en el seno de ocupaciones que se exhiben bajo la etiqueta de titulaciones filosóficas.

Sobre todo resulta en extremo sorprenden que en casi doce años dentro de aquellas incumbencias no existan un solo estudio sobre *La Cosa y la Cruz*, un libro filosófico tan importante como *Sein und Zeit* o como el *Tractatus Logico-Philosophicus*.

No voy a detenerme aquí en la carrera de Rozitchner o en las polémicas que en las que ha intervenido que son para mi episodios menores que interesan seguramente a la biografía como es el caso de la agria y desigual controversia de nuestro filósofo con Oscar del Barco. No sostengo que sea eso algo sin importancia y que no se le deba prestar atención. Por el contrario creo que su especial tematización forma parte de la necesaria agenda en torno a Rozitchner y su pensamiento.

Respeto y estimo esos asuntos pero, aquí, prefiero ocuparme de lo considero más importante y acerca de lo que se impone un vigoroso campanazo para abrir con fuerza esa necesaria agenda que coloca al pensamiento originado en la Argentina en el centro mismo del actual debate que afronta la filosofía en el completo ámbito de este imponente e inquietante Estado Homogéneo Universal (EHU).

Hoy ya no se distinguen fronteras culturales ni idiomáticas y curiosamente el Estado Homogéneo Universal ha llevado a cabo con un sorprendente éxito la interiorización de los dispositivos de dominio engendrados en el núcleo duro de Occidente que es el cristianismo, cuyo módulo operativo informa la disciplina adaptativa y las extensiones intelectuales operativas de esa misma disciplina que, bajo el

rótulo de ciencia y de técnica, se ponen a servicio de los que han capturado y colacionado los variados modos de control tanto de la naturaleza como de los seres humanos.

De repente el éxito del Estado Homogéneo Universal no solo ha hecho trizas las verbalizaciones de la metafísica sino que ha puesto en descubierto la inconsecuente pretensión de la ciencia y de la técnica cuyo círculo vicioso ya no puede ocultarse tras el velo de Maya.

En ese horizonte obras como *Sein und Zeit* o el *Tractatus Logico-Philosophicus* se han torna poco menos que inútiles porque las preguntas ya no encuentran allí ningún anclaje posible salvo como meros ejercicios retóricos.

Y no operemos algún desplazamiento hacia otros autores menos relevantes como Carl Schmitt, hoy tan de moda, porque en ese plano terminaos deslazándonos hacia el mero ejercicio de entretenimiento que suele presentarse bajo la apariencia de erudición.

Frente a estas simplicidades cabe entonces preguntar ¿Cómo no se han dado cuenta todavía de la profunda reformulación que *La Cosa y la Cruz* nos pone delante para reformular las preguntas cruciales de nuestra época?

No es este el lugar para un detenido análisis de esta fundamental obra de León Rozitchner pero al menos es posible mostrar lo que significa de cara a una agenda que no lleve a poder reformular las preguntas cruciales que tiene que ver con los fundamentos en los que se localiza el actual anclaje de la vida humana en este enorme conglomerado que prácticamente ha cercado a toda la humanidad colocándola en interior de una regla de juego que da uniformidad e impone su propia agenda y hasta las mismas impugnaciones que se soluciona en el seno de sus propias modalidades adaptativas que hace de las rebeliones unos puntos más de su programa.

Un ingenuo aunque meritorio trabajo de Leonardo Sai ha intentado abrir el fuego del debate en torno a *La Cosa y la Cruz* (ver **Konvergencias**, año VI, n° 18, pags. 83-93) pero se ha quedado en una enredada disquisición preliminar en torno a Kant sin entrar para nada en la obra de Rozitchner. No obstante este precursor trabajo merece todo nuestro aplauso porque pone de manifiesto un atenta y respetuosa convocatoria al necesario debate en torno a la obra.

El asunto crucial de *La Cosa y la Cruz*, sin embargo, apunta a otra dirección porque lo que allí se problematiza es la construcción misma del sujeto material a quien el cristianismo disciplina en un fenomenal proceso de funcionalización adaptativa en el que la naturaleza misma se somete al orden de la creencia al que se sujeta tanto la creencia y la pulsión invadiendo hasta el último refugio del cuerpo como bien señala nuestro autor.

De Descartes a Heidegger y Wittgenstein el sueño de la razón operó al margen de este crucial condicionamiento material de manera que el pensamiento filosófico ha mirado de costado hasta que la posibilidad de continuar haciéndolo se ha disuelto en el Estado Homogéneo Universal.

En esta espantosa incertidumbre que nos coloca en un área incierta de alguna de las tres transformaciones del Zaratrustra de Nietzsche las verbalizaciones metafísicas y los juegos de lógica resultan solo buenos instrumentos adaptativos. Seguramente el buen Aristóteles tiene bastante que decir, al menos en orden a la dominación y desde ya el Platón del *Gorgias* es el mejor instrumento para la crítica del derecho y la justicia del más fuerte. Y junto a ellos para sorpresa de nuestros vecinos y comarcanos también está León Rozitchner y la estupenda e inteligente agenda de *La Cosa y la Cruz*. Sería por lo tanto la desatención de esa agenda una lamentable pérdida de lo que está aquí al alcance de nuestra mano.